

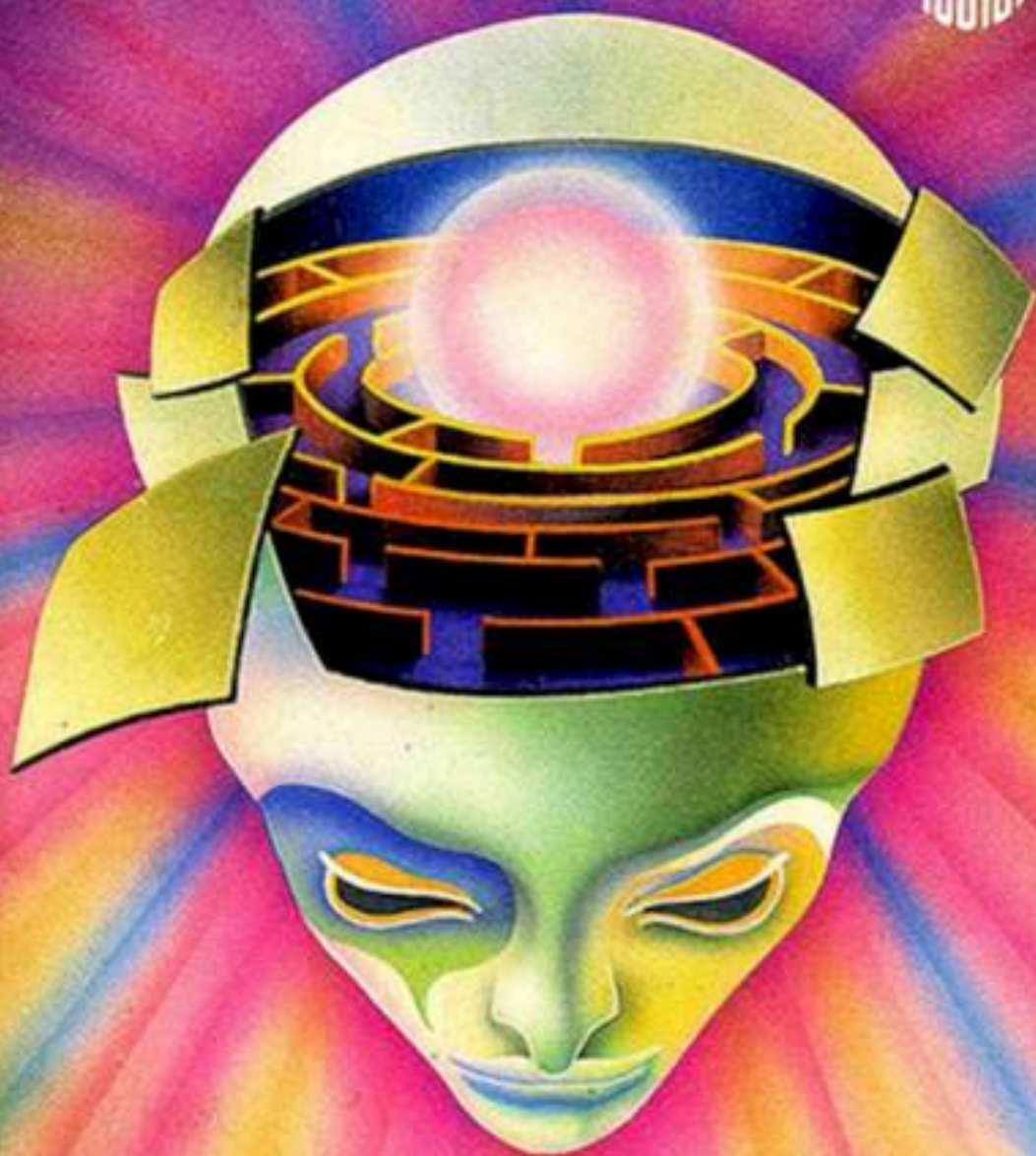
ISAAC ASIMOV

CHARLES G. WAUGH / MARTIN H. GREENBERG

# ORBITA DE ALUCINACIÓN

La psicología en la ciencia ficción

SUPER  
FICCIÓN



Isaac Asimov, Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh nos presentan una antología de doce relatos en la que cada uno de ellos nos remite a un apasionante especulación en el mundo de la psicología.

Las sensaciones o percepciones, el conocimiento, el lenguaje, la memoria, las motivaciones, la inteligencia o la personalidad son tratados con una habilidad por estos grandes maestros de la ciencia ficción.

Robert Silverberg, en «*El hombre que nunca olvida*», nos presenta a un joven cuya extraordinaria memoria le provoca grandes conflictos. En «*Círculo vicioso*», Isaac Asimov hace que un robot del que el hombre ha perdido el control se adentre en el círculo del mal. John Brunner en «*Para esto están los amigos*», se refiere al problema de una pareja que ha fabricado a su propio hijo con métodos muy sofisticados.

Roald Dahl, J. L. McIntosh, Donald E. Westlake forman también parte del grupo de grandes autores cuyos relatos se incluyen en esta apasionante obra.

## Introducción

En el griego clásico, la palabra *psique* estaba relacionada semánticamente con el concepto de respiración. Sin embargo, como es lógico, los antiguos griegos no entendían esta respiración en el sentido que le ha dado la ciencia moderna. Para ellos, respirar era algo invisible y misterioso que, de algún modo, estaba en íntima relación con la vida. Las piedras no respiraban, y tampoco lo hacían los seres humanos cuando morían.

Con el paso del tiempo, la palabra *psique* se ha convertido, en español, en sinónimo de alma o espíritu, vocablos que se refieren también a algo etéreo, intangible, que de algún modo está íntimamente relacionado con la vida. Sin embargo, cualquier otra definición que pretenda una mayor precisión en el término acaba por perderse en un sinnúmero de sutilezas e incertidumbres teológicas.

Si queremos definir la *psique* o alma sin acudir a explicaciones teológicas, podemos considerarla el núcleo central, el meollo, del ente que se alberga en el cuerpo físico. Es la personalidad, la individualidad, eso a lo que uno se refiere cuando dice «yo». Es eso que permanece intacto y completo aunque se pierda un brazo o una pierna, aunque se quede uno ciego o el cuerpo esté enfermo, herido o agonizante.

La psicología, por consiguiente, es el estudio sistemático de ese núcleo central de la personalidad. Y en estos tiempos nuestros de retroceso de las explicaciones teológicas, la palabra más apropiada para referirnos a dicho núcleo central de la personalidad ya no es alma, sino mente.

La psicología es el estudio de la mente y de su relación con la cultura.

La psicología resulta fascinante por cuanto parece hallarse en el fondo de todo conocimiento. En ciertos aspectos, todo el mundo la comprende; en otros, resulta un misterio para cualquiera. Lo mismo sucede en otras ciencias, quizás en todas, pero ciertamente en ninguna alcanza el grado y profundidad que en la psicología.

Por ejemplo, comprender por qué una bola de billar se comporta del modo en que lo hace, por qué se mueve al ser golpeada por otra, cómo choca y rebota con las bandas de la mesa o con otra bola, cómo se altera su velocidad y dirección como resultado de la colisión, etc., todo ello requiere un profundo conocimiento de los principios de la rama de la física conocida como mecánica. Y a la inversa, es posible calcular y elaborar los principios de la mecánica a partir de un estudio metódico del comportamiento de las bolas de billar.

Sin embargo, los expertos en el arte del billar no necesitan haber estudiado en profundidad la física o la mecánica. Puede que jamás hayan oído hablar de la conservación del momento, y que no se hayan detenido nunca a considerar las complejidades matemáticas del momento angular producido por los «efectos» dados a la bola al golpearla en un sitio distinto del centro de gravedad. Y pese a ello, los maestros del billar consiguen verdaderos prodigios con las bolas, gracias a la metódica atención que prestan a unos principios físicos que incluso ignoran conocer.

Lo mismo cabe decir de quienes lanzan las pelotas de béisbol con complicado virtuosismo, y de quienes las golpean con los bates en una admirable demostración de coordinación y técnica. Estos deportistas pueden ganar muchos millones gracias a su maestría en la ciencia aplicada de la mecánica aunque, en la mayoría de los casos, jamás hayan estudiado ni siquiera los fundamentos más sencillos de la física.

Las leyes científicas pueden comprenderse de una manera muy útil mediante la mera observación y una práctica meticulosa, pues la ciencia es un sistema organizado de descripción del mundo real, y nosotros vivimos en ese mundo real. El ser humano, por consiguiente, no hace sino aprender a describir el mundo, aun si su descripción no se acomoda a los términos convencionales que los científicos han elaborado y han decidido utilizar entre ellos.

No sorprende, pues, que algunas personas hayan llegado a comprender la mente humana mediante la observación de los demás, viviendo y relacionándose con ellos, adquiriendo conciencia de sus hábitos, respuestas y peculiaridades. Nadie puede leer a Shakespeare, Dostoyevski, Tolstoi, Dickens, Cervantes, Moliere, Goethe y otros innumerables autores sin apreciar que todos ellos tienen un profundo conocimiento de la naturaleza humana en todas sus variantes y con todas sus paradojas, aunque ninguno de ellos haya estudiado psicología de una manera formal.

El conocimiento no científico de la psicología está, indudablemente, más extendido que el de ninguna otra ciencia. Los deportistas aprovechan admirablemente las leyes físicas, los cocineros la química, los jardineros la biología, los marinos la meteorología, y los músicos las matemáticas, pero en todos estos casos se trata de ocupaciones especializadas.

En cambio, todo el mundo sin excepción tiene que relacionarse con otras personas.

Incluso los reclusos deben relacionarse consigo mismos, y eso no es poco, pues cada uno de nosotros puede llevar en su interior todas las virtudes y defectos, todas las glorias y debilidades, aversiones y tendencias de la humanidad en general.

Por lo tanto, debemos reconocer que, en ciertos aspectos, la psicología es la ciencia más extendida y comprendida.

Y sin embargo...

La mente humana, nacida —se puede afirmar— del cerebro humano, es algo extraordinariamente complejo. Sin duda, nuestro cerebro es el cúmulo de materia más complicado y sutilmente inter-relacionado que conocemos (con la dudosa excepción del cerebro del delfín, que tiene mayor volumen y está dotado de más circunvoluciones que el del hombre).

Al estudiar algo de tan superlativa complejidad como el cerebro humano, surgen, como era de esperar, frecuentes barreras insalvables. Ello resulta muy comprensible si nos detenemos a pensar que estudiamos el cerebro humano sin más armas que el propio cerebro humano. Estamos pidiéndole a la complejidad que comprenda una complejidad igual.

No es de extrañar, pues, que pese a los miles de millones de seres humanos que a lo largo de la historia del *Homo sapiens* se han estudiado a sí mismos y a los demás de una manera espontánea y no sistemática, e incluso a pesar de los genios extraordinarios que han puesto de relieve la condición humana en la literatura, el arte, la filosofía y, en los últimos tiempos, en la ciencia, todavía queden vastas áreas desconocidas o inciertas. Y más en la psicología que en ninguna otra ciencia. En aquélla, incluso las áreas más tratadas y estudiadas están sometidas, en un grado u otro, a constante discusión.

Y por ello, en cierto modo, la psicología es la ciencia menos comprendida.

Cabe tener en cuenta, además, que todos los problemas que afectan y han afectado a la humanidad a lo largo de la historia tienen su origen, en gran medida, en el desaprovechamiento de la mente humana. Hay problemas que pueden parecer totalmente independientes de nosotros, e inabordables para cualquier esfuerzo humano —como el advenimiento de una era glacial o la explosión del sol—, pero aun entonces la mente humana está en situación de prever el hecho y tomar decisiones destinadas a mejorar la

situación, aunque sólo sea haciendo más llevadera la muerte. La buena voluntad, la razón y la ingenuidad son necesarias (y a menudo se echan de menos).

Por otra parte, la estupidez humana —o al menos la carencia de suficiente sabiduría— representa un peligro constante y cada vez mayor. Si nos destruimos en una guerra nuclear, o a causa de la superpoblación, el agotamiento de los recursos, la contaminación, la violencia o la alienación, parte de la culpa —casi toda— habrá residido en la incapacidad de nuestro cerebro para darse cuenta del peligro existente, y en la negativa de nuestra mente a aceptar la necesidad de adoptar las medidas necesarias para evitar o amortiguar tal peligro.

No hay duda, pues, de que la psicología es la más importante de las ciencias. Podemos vivir, aunque sea de un modo primario, con muy escasos conocimientos de cualquiera de las demás ciencias pero, si no comprendemos la psicología, con toda seguridad estamos perdidos.

¿Cuál es el papel de la ciencia ficción en este tema?

Los escritores de ciencia ficción no tienen, en conjunto, una comprensión mejor o más completa de la naturaleza humana que los demás escritores, y no hay razón alguna para volverse a ellos, como individuos, en busca de una explicación más brillante de la condición humana.

No obstante, en la ciencia ficción se describe a seres humanos enfrentados a situaciones inusuales, sociedades extrañas y problemas poco ortodoxos. El esfuerzo de imaginar la respuesta humana ante tales hechos puede suponer un nuevo modo de iluminar las tinieblas, permitiéndonos observar lo que hasta ahora no se había podido aclarar.

Los relatos que aparecen en esta antología han sido seleccionados teniendo en cuenta esta premisa, y cada uno de ellos lleva un comentario especial, escrito por mí mismo y por otro de los recopiladores, Charles Waugh, que es, precisamente, psicólogo de profesión.

Órbita  
alucinación

de Isaac Asimov & Charles G. Waugh & Martin H.  
Greenberg

Isaac Asimov



## Desarrollo

### Es una vida buena (Jerome Bixby)

*Jerome Bixby (1923-). Jerome Bixby comenzó siendo músico, pero se convirtió en editor de ciencia ficción a finales de los años cuarenta. Después se dedicó a los guiones de cine y, tras un breve período como corredor de fincas, a los guiones de televisión. Aunque es un prolífico escritor, con más de un millar de relatos cortos, los lectores tienden a recordar más los relatos breves que a quienes los escriben. Por eso, debido a que normalmente sólo ha escrito relatos de extensión reducida, su nombre ha recibido hasta el momento un reconocimiento mucho menor del que merece.*

Cuando Bill Soames condujo su bicicleta por el camino y se detuvo frente a la casa, tía Amy se hallaba fuera, en el porche delantero, abanicándose mientras se mecía en su silla de alto respaldo. Bajo el tenue «sol» del atardecer, Bill sacó la caja de las compras del gran cesto que descansaba sobre la rueda delantera de su bicicleta y subió por el sendero del frente.

El pequeño Anthony permanecía sentado en el césped, jugando con una rata que había capturado en el sótano. Le había hecho creer que olía a queso, el queso mejor y más delicioso que una rata jamás hubiese creído oler, para hacerla salir de su agujero, y ahora Anthony se había apoderado de ella con su mente y le estaba enseñando estratagemas.

Cuando la rata vio que Bill Soames se acercaba, trató de escapar, pero Anthony pensó en ella y ella dio una voltereta en el césped y se quedó temblando, con los negros ojos brillando de terror.

Bill Soames pasó rápidamente junto a Anthony y llegó junto a la escalera, mascullando. Siempre mascullaba cuando iba a casa de los Fremont, o cuando pasaba cerca, o incluso cuando pensaba en la casa. Todos lo hacían. Pensaban entonces en tonterías que no querían decir nada, como dos y dos son cuatro, y cuatro por dos son ocho, y cosas así. Trataban de disimular sus pensamientos y de mantenerlos en movimiento, para que Anthony no pudiera leerles la mente. Mascullar ayudaba. Porque si Anthony averiguaba algo malo en los pensamientos de uno, podía ocurrírsele la idea de hacer algo al respecto, como curar el dolor de cabeza de la esposa, o las paperas del hijo, o conseguir que la vieja vaca lechera volviera a dar leche regularmente, o arreglar el lavabo. Aunque Anthony no tuviera realmente mala intención, no podía esperarse que supiera lo que era más conveniente hacer en tales casos.

Eso, si usted le gustaba. Entonces trataba de ayudarle, a su manera, lo cual podía ser horrible.

Pero si no le gustaba... Bueno, entonces podía ser peor.

Bill Soames dejó la caja de las compras junto a la barandilla del porche e interrumpió su murmullo el tiempo suficiente para decir:

—¿Es todo lo que quería, señorita Amy?

—Oh, sí, William —dijo descuidadamente Amy Fremont

—. ¿No hace un calor terrible hoy?

Bill Soames casi se encogió; sus ojos imploraron a la mujer, y su cabeza negó con violencia una y otra vez. Luego interrumpió nuevamente el murmullo, aunque obviamente no lo deseaba.

—No diga eso, señorita Amy... Hace un día hermoso, hermoso... El tiempo es verdaderamente bueno.

Amy Fremont se levantó de la mecedora y atravesó el porche. Era una mujer alta y delgada, con una risueña ausencia en sus ojos. Más o menos un año antes, Anthony se había enojado con ella, porque Amy le dijo que no hubiera debido convertir al gato en una alfombra, y aunque siempre la había obedecido a ella más que a nadie, lo cual era muy poco, de todos modos, esa vez la castigó con su mente. Y eso había supuesto el fin de los brillantes ojos de Amy Fremont, y el fin de la Amy Fremont que todos conocían. Y entonces corrió la voz en Peaksville (población: 46) de que ni siquiera los miembros de la propia familia de Anthony estaban seguros. Y después de eso, todo el mundo era doblemente cuidadoso.

Quizás algún día Anthony desharía lo que le había hecho a tía Amy. Los padres de Anthony esperaban que así lo hiciera cuando fuera mayor y quizá se sintiese arrepentido. Si es que eso era posible. Porque tía Amy había cambiado mucho, y además, ahora Anthony no obedecía a nadie.

—Por favor, William —dijo tía Amy—, no es necesario que masculles todo el tiempo. Anthony no va a hacerte nada. ¡Por Dios, si Anthony te quiere! —Alzó la voz y llamó a Anthony, que se había cansado de la rata y hacía que se devorase a sí misma—. ¿No es así, querido? ¿Verdad que te gusta el señor Soames?

Anthony miró desde el césped sobre el que seguía sentado al hombre de la tienda, con una mirada brillante, húmeda, purpúrea. No dijo nada. Bill Soames trató de sonreírle. Al cabo de un segundo, Anthony volvió su atención a la rata. Ya se había comido la cola, o por lo menos la había arrancado, porque Anthony la obligaba a morder más rápido de lo que podía tragar, y había pequeños trozos peludos rojos y rosados esparcidos a su alrededor, sobre la hierba verde. Ahora, a la rata le resultaba difícil alcanzar sus partes traseras.

Mascullando silenciosamente, tratando con gran intensidad de no pensar en nada en particular, Bill Soames bajó

con las piernas envaradas por el sendero de acceso, montó en su bicicleta y empezó a pedalear.

—Te esperamos esta noche, William —le gritó tía Amy mientras se alejaba.

Bill Soames deseaba en lo más profundo de su ser poder pedalear dos veces más rápido, para alejarse lo antes posible de Anthony y de tía Amy, quien a veces olvidaba lo cuidadoso que uno debía ser. Y no hubiera debido pensar eso, porque Anthony lo percibió. Sintió el deseo del hombre de alejarse de la casa de los Fremont como si fuese algo malo, y su mirada purpúrea parpadeó. Lanzó entonces un pequeño pensamiento rencoroso hacia Bill Soames; muy pequeño, porque estaba de buen humor y además le gustaba Bill, o al menos no le disgustaba, en todo caso hoy no. Bill Soames quería alejarse, de modo que, malhumorado, Anthony le ayudó.

Pedaleando a velocidad sobrehumana, o más bien, pareciéndolo, pues en realidad era la bicicleta la que pedaleaba sola, Bill Soames se desvaneció por el camino en medio de una nube de polvo. Su débil gemido aterrorizado quedó detrás de él suspendido en el calor veraniego.

Anthony miró a la rata. Tras devorar la mitad de su propio vientre, el animal había muerto de dolor. La pensó en una tumba profunda en el campo de maíz —su padre le había dicho una vez, sonriendo, que podía hacer eso con las cosas que mataba— y pasó al otro lado de la casa, seguido por la extraña sombra que proyectaba la caliente luz de bronce del cielo.

En la cocina, tía Amy desenvolvía los paquetes de la comida. Puso los botes en los estantes, la carne y la leche en la nevera, la gruesa harina y el azúcar de remolacha en los grandes botes debajo del fregadero. Dejó en el rincón, junto a la puerta, la gran caja de cartón para que el señor Soames la cogiera la próxima vez que viniese. Estaba mancha-

da, golpeada, desgarrada y gastada, pero era una de las pocas que quedaban en Peaksville. En borrosas letras rojas estaba escrito Campbell's Soup. Los últimos botes de sopa, o de cualquier otra cosa, habían sido consumidos hacía ya bastante tiempo; sólo quedaba un pequeño depósito comunal que los residentes guardaban para alguna ocasión especial, pero aquella caja se conservaba, como un ataúd, y cuando ésa y las demás desaparecieran, los hombres tendrían que hacer otras de madera.

Tía Amy fue a la parte trasera de la casa, donde la mamá de Anthony —la hermana de tía Amy— estaba sentada a la sombra pelando guisantes. Cada vez que mamá hacía correr el dedo a lo largo de la vaina, los guisantes caían —*plop-plop-plop*— en la cacerola que tenía en el regazo.

—William ha traído las provisiones —dijo tía Amy.

Se sentó fatigadamente en la silla de respaldo recto junto a mamá, y empezó a abanicarse de nuevo. No era vieja, pero desde que Anthony la había golpeado con su mente, algo parecía funcionar mal en su cuerpo, así como en su espíritu, y estaba cansada todo el tiempo.

—Qué bien —dijo mamá.

*Plop*, caían los gruesos guisantes en la cacerola.

Todo el mundo en Peaksville decía siempre «Qué bien», o «Qué bueno», o «Qué maravilla», cada vez que algo sucedía o se mencionaba, aunque se tratara de desgracias, como accidentes o incluso muertes. Lo hacían así porque si no trataban de esconder sus verdaderos sentimientos Anthony podía oírlos con su mente, y nadie sabía entonces qué podía ocurrir. Como en aquella ocasión en que Sam, el marido de la señora Kent, volvió caminando de la tumba porque a Anthony le gustaba la señora Kent y la había oído llorar.

*Plop*.

—Hoy es la noche de la televisión —dijo tía Amy—. Me alegro. La espero tanto cada semana... Me pregunto qué veremos hoy.

—¿Bill ha traído la carne?

—Sí. —Tía Amy se abanicaba, mirando el informe brillo de bronce del cielo—. ¡Dios mío, qué calor! Desearía que Anthony hiciera un poco más de fresco...

—¡Amy!

—¡Oh! —El tono agudo de mamá había penetrado adonde no llegara la expresión agónica de Bill Soames. Tía Amy se puso la fina mano en la boca, con exagerada alarma—. Oh... Lo siento, querida.

Sus celestes ojos miraron a izquierda y derecha, para ver si Anthony estaba a la vista. No porque su presencia cambiara algo, pues no tenía que estar cerca para saber lo que uno pensaba. Pero habitualmente, a menos que tuviese su atención centrada en alguien, estaba ocupado en sus propios pensamientos.

Algunas cosas, sin embargo, atraían su atención. No era posible saber con certeza de qué se trataba.

—El tiempo es una maravilla —dijo mamá.

*Plop.*

—Oh, sí —dijo tía Amy—. Es un día hermoso. No quería que cambiara por nada del mundo.

*Plop.*

*Plop.*

—¿Qué hora es? —preguntó mamá.

Desde donde estaba sentada, tía Amy podía ver a través de la ventana de la cocina, el reloj despertador sobre la repisa.

—Las cuatro y media —contestó.

*Plop.*

—Me gustaría tener algo especial para esta noche —dijo mamá—. ¿El asado que trajo Bill es bueno y magro?

—Muy bueno, querida. Como sabes, mataron hoy, y nos han enviado el mejor trozo.

—¡Dan Hollis se va a sorprender tanto cuando descubra que la reunión de televisión es también su fiesta de cumpleaños!

—¡Estoy segura! ¿Nadie se lo habrá dicho?

—Todo el mundo se comprometió a no hacerlo.

—Será espléndido —asintió tía Amy, mirando el campo de maíz—. Una fiesta de cumpleaños.

—Bueno... —Mamá dejó a un lado la cacerola con los guisantes, se puso de pie y se sacudió el delantal—. Será mejor que empiece a preparar el asado. Después podemos poner la mesa.

Cogió la cacerola con los guisantes.

Anthony dobló la esquina de la casa. No las miró, sino que continuó hasta el bien cuidado jardín —todos los jardines de Peaksville estaban sumamente bien cuidados—, pasó más allá del oxidado e inútil montón de chatarra que en otro tiempo había sido el coche de la familia Fremont y, después de pasar suavemente por encima de la cerca, salió al campo de maíz.

—¿No es un hermoso día? —dijo mamá, en voz quizá demasiado alta, mientras ambas entraban por la puerta trasera.

Tía Amy se abanicaba.

—Hermoso, querida. ¡Una maravilla!

Una vez en el campo de maíz, Anthony caminó entre las susurrantes hileras de plantas verdes. Le gustaba el olor del maíz. Tanto el maíz nuevo, por encima de su cabeza, como el viejo maíz muerto que tenía debajo de los pies. Pisaba con los pies descalzos la rica tierra de Ohio, llena de hierbas y de mazorcas morenas podridas. Había hecho llover anoche para que hoy todo oliera y se viera hermoso.

Caminó hasta el final del terreno plantado, hasta un bosquecillo de árboles verdes y umbrosos que cubrían un suelo fresco, húmedo y oscuro, masas, hojarasca y hierba verde, rocas cubiertas de musgo, y un manantial que alimentaba un pequeño lago limpio y claro. A Anthony le gustaba estar allí, y mirar los pájaros, insectos y animalitos que corrían, reptaban y gorjeaban. Le gustaba tenderse en el suelo fresco, y ver arriba el movimiento verde y los insectos